

---

Jorge García-Robles\*

---

*AFUERA LOS DIOSES  
SONREIAN  
(La lección  
de los tiempos modernos)*

---

Los Tiempos Modernos fracasaron. Sus sueños se volvieron pesadillas. Su rostro lozano se avirueló. Su olor a esperanza se descompuso en acibar. La felicidad prometida por los creyentes de la razón, la ciencia y el progreso nunca llegó. Ni llegará. ¿En qué otra época encontramos tanta tierra baldía, tanto hombre hueco? La caída humana no ocurrió en nuestra época. Pero en ella parece haber encontrado su habitat idóneo. Con todo, no se trata de condenar los Tiempos Modernos. Ni de anatematizar su ideario. Ni de oponerle sin más un nuevo credo. Se trata de constatar su fracaso. Su torcedura. Nos toca a nosotros, sus hijos rezagados, quizás no deseados, inventar lo que sigue.

Los Tiempos Modernos son el desquite de la razón a la fe. La revancha del humanismo al espíritu medieval. Si la Edad Media apoyó su cultura en lo religioso, la moderna la fincó en lo secular. Ambas se polarizaron. Una hacia el cielo. Otra hacia la tierra. Una hacia la noche. Otra hacia el día. Ambas se instalaron en un polo excluyendo el otro. Pero no impunemente. La raíz de sus fracasos está en esta actitud excluyente. La cultura medieval discriminaba las fuerzas humanas autónomas. Cuando éstas emergieron y buscaron afirmarse tuvieron que luchar contra los esquemas que las negaban. Lo mismo sucede hoy. Nuevas energías proscritas por la civilización moderna se enfrentan con la resistencia de formas de pensar y actuar contrarias. Tanto la Edad Media como los Tiempos Modernos tendieron a polarizar los opuestos. Con el Renacimiento se inicia una nueva aventura histórica en Occidente. El hombre europeo incuba la simiente del humanismo moderno. La historia desde entonces

\* Profesor de Historia Mundial Económica y Social de la FCPyS-UNAM.



*Correccion.*

muestra una clara tendencia hacia la exaltación y autonomía de los atributos humanos. Los primeros humanistas y hombres del Renacimiento, sin proponérselo, abonaron una planicie en la que florecieron extrañas y nunca vistas plantas.

La historia del humanismo moderno no es lineal ni transparente. Está llena de escollos. De eclecticismos. Es difícil encontrar humanistas puros. No existen tablas de la ley humanistas. Nadie escribió un Evangelio o unos Upanishands humanistas. Nunca fue escrito el Libro de los Tiempos Modernos. El humanismo moderno no tiene un paradigma. Pero sí un espíritu. Aquí reside su fuerza. Su debilidad. Su capacidad de camuflaje.

Al hombre moderno lo sedujo un formidable sueño. Una esperanza irresistible. Una fe nueva. Nunca antes probada. El sueño de hacer la historia confiando exclusivamente en las fuerzas y cualidades humanas. El hombre quiso ataviarse con ropaje divino. Ser demiurgo. No se conformó con ser criatura. Quiso ser creador. De su historia. De su vida. Al principio de este sueño tomó en cuenta otras realidades aparte de la suya. Después las colocó al margen de su voluntad. Después las negó. Se quedó solo. En el Renacimiento se redescubrió lo humano. En el siglo XVIII comenzó a individuarse. En el siglo XIX y XX se volvió autónomo. Fue cuando el sueño se volvió monstruoso. Los Tiempos Modernos comenzaron pareciéndose a Prometeo. Terminan semejándose a Polifemo.

Con el tiempo el humanismo se polarizó. Esquinó su ideal. Se erigió como el poseedor de la verdad más avanzada. De la Verdad. Inventó un espacio y un tiempo propios. Con su emblema. Creó formas políticas, económicas, educativas, artísticas, lenguajes, filosofías, atuendos, tecnologías. Pergeñó la teoría del progreso. Se imaginó que el tiempo sería su aliado. Que con él todo iría mejor. Jamás pensó que algún día le retorcería el alma. Lo derribaría. Lo esclavizaría. Creyó que todos sus esfuerzos, después de pasar por el acueducto de la razón, desembocarían en un mar absoluto, que finiquitaría todo dolor. Toda falta de armonía. Toda ignorancia. Soñó con darle fin a la historia. Con detener su cauda y congelar el hervor de sus cambios. Soñó con alcanzar el absoluto donde nunca aparecerá: La historia, el tiempo. Los modernos no abolieron la religiosidad. La secularizaron. No amputaron la fe. La metieron en otro embalaje. Los mismos deseos redentores. Las mismas formas religiosas. Los mismos anhelos y añoranzas. Sólo que con envoltura humana. Con el hombre como ser supremo. Con lo humano y la historia como sustancias divinas. El humanismo desacralizó las tradiciones religiosas. En su lugar se sacralizó a sí mismo.

Las criaturas del humanismo son monumentales. Espectaculares. Enormes rascacielos. Inextricables sistemas electrónicos. Estrambóticas

revoluciones sociales. El humanismo ha demostrado su inconmensurable capacidad para fabricar objetos. También para empobrecerse internamente. El centro de gravedad de la civilización moderna está en lo externo. Fuera del alma. En los escaparates. El hombre demiúrgico volcó toda su energía fuera de sí. Sus producciones son tan ostentosas como vacías. El hombre moderno acabó rindiéndole culto a la materia. Sus referencias existenciales y morales están en ella. Nunca había habido tantas posibilidades vitales. Nunca tanto hueco interno. Lo inferior, la materia y el tiempo, acabaron por someterlo.

La religiosidad de los Tiempos Modernos es caricaturesca. Sus ritos y danzas sagradas dan risa. O pena. Las creencias provenientes de la historia se extinguen con facilidad. La fe en valores temporales es débil y se acaba. Por ello el hombre moderno es compulsivo. Hiperactivo. Insaiciable. Para resarcir este vacío.

Para la tradición antigua la vida es sagrada. Toda la vida. Desde el acto más animal hasta el más espiritual. Plantar un árbol. Procrear. Comer. Soñar. Gobernar. Educar. Todo acto es cósmico. Toda expresión vital está ligada y convive con la energía universal. La identidad del hombre antiguo está dada por su relación con el cosmos. La identidad del hombre moderno por su ruptura. El hombre antiguo busca comulgar con todo lo que existe. El hombre moderno desea servirse de todo lo que existe. La vida moderna echó a la basura la tradición antigua. Fincó su territorio lejos de ella. Secularizó la vida. Abrió sus ventanas y corrió a los dioses. Barrió sus casas. Las fregó. Las talló. Las desinfectó de imaginérfas. Las volvió higiénicas y prácticas. Arriba de su alojamiento puso un letrero: ASEADA DE SUPERCHERIA. Lo firmaba la ciencia. Afuera los dioses sonreían.

Los modernos tenemos una ventaja frente a los antiguos. La lección del tiempo. Los antiguos no podían ver en la historia lo que nosotros. No podían imaginar el futuro. Fue necesario vivir esta riesgosa travesía moderna. Este aguacero humanista. Esta irresistible apuesta histórica. Hizo bien el hombre en vivirla. El barco de los Tiempos Modernos continúa navegando. En aguas inciertas. Jamás arribará donde se propuso. Queda ahora extraer las lecciones de este viaje fallido.

Ninguna cultura que polarice la vida durará mucho. Los Tiempos Modernos fueron el primer experimento de polarización humanista. Su realización permitirá que las energías humanas sean reconocidas. Una futura cultura tendrá que valorarlas. La falla del humanismo moderno fue creer en la posibilidad de sobrevivir asido a un polo. Al polo humano. Al hacerlo retorció su camino. Se extravió. Su órbita desvió aún más al hombre del orden universal. Esta es la gran lección de los Tiempos Modernos. Polarizar la cultura a un extremo es condenarla a ser

desplazada por el otro extremo. No es posible que los modernos ignoremos esto. La nueva cultura que sustituirá la nuestra no podrá oponer olímpicamente un ideal religioso a uno humanista. Para ser nueva. Para ser creativa, en el sentido más profundo del término, tendrá que hacerlos contraer nupcias. Tendrá que romper con el hábito de oponer los contrarios. La nueva cultura ha de ser andrógina. Abalórica. Los Tiempos Modernos nunca cambiarán mientras nuestra mentalidad polarice. Mientras oponga el cielo y la tierra. El mal y el bien. Lo masculino y lo femenino. La nueva cultura surgirá del interior de individuos que hayan superado esta manera de ver las cosas. La nueva cultura no ha de definirse hacia la izquierda o hacia la derecha. Hacia arriba o hacia abajo. Su reto es permitirse todas las posibilidades de ser y no sólo una. Este es el punto de arranque de la nueva cultura. Que será abolórica, andrógina, o no será nueva.